

# Teatralidad fúnebre novohispana: exequias en honor de Feliciano de Vega organizadas por Juan de Palafox (1642)\*

Pilar LATASA

GRISO-Departamento de Historia  
Universidad de Navarra

**Resumen:** El 5 de diciembre de 1640 llegaba al virreinato novohispano el nuevo arzobispo de México, Feliciano de Vega y Padilla, que falleció al poco tiempo de desembarcar en Acapulco. El entonces visitador general, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, Juan de Palafox y Mendoza, quien además era amigo personal del difunto, se encargó de organizar unas solemnes exequias en honor del prelado limeño. Al poco tiempo se imprimió en México la relación festiva, dedicada al consejero de Indias Juan de Solórzano y Pereira, a su vez amigo de ambos protagonistas.

**Abstract:** The new archbishop of Mexico, Feliciano de Vega y Padilla, arrived on December 5th, 1640 to the viceroyalty of New Spain but he died shortly after landing in Acapulco. The visitador general, viceroy, governor and capitán general of the New Spain, Juan de Palafox y Mendoza, who was also a personal friend of the deceased, was responsible for organizing the memorial celebrations in honour of the creole prelate. Shortly after, an account of the festivities was printed in Mexico and dedicated to Counselor of Indies, Juan de Solórzano y Pereira, friend of both protagonists.

El 5 de diciembre de 1640 llegaba al virreinato novohispano el nuevo arzobispo de México, Feliciano de Vega y Padilla, que falleció al poco tiempo de desembarcar en Acapulco. La noticia de su muerte causó una fuerte conmoción en la archidiócesis metropolitana. El entonces visitador general, virrey, gobernador y capitán general de la Nueva España, Juan de

---

\* Esta investigación se integra en el programa CONSOLIDER, del Ministerio de Ciencia e Innovación, Proyecto TECE-TEI, CSD 2009-00033. Se enmarca igualmente dentro del Proyecto de Investigación Fundamental titulado: *Autoridad y poder en la España del siglo de oro: la representación del imperio, la imagen de una política*. Financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España. Ref: HAR2009-09987.

Palafox y Mendoza se encargó de trasladar su cuerpo a México para darle sepultura<sup>1</sup>.

Palafox actuaba así movido por «su dignidad, sus letras y su virtud y a lo bien que merece ser hospedado un pastor que viene y pierde en el camino la vida por buscar sus ovejas»<sup>2</sup>. A ello se añadía además el hecho de que el difunto arzobispo era amigo personal, al igual que lo era también de ambos Juan de Solórzano y Pereira, a quien se dedicó la relación escrita de las exequias.

### I. «Varón digno de inmortalidad y de honores»

Feliciano de Vega y Padilla había nacido en Lima el 9 de junio de 1582 y era hijo del doctor Francisco de Vega, un sevillano que llegó a ser presidente de la audiencia de Panamá, abogado de la audiencia de Lima y catedrático de la Universidad de San Marcos. Su madre, Feliciano Padilla, procedía de una prestigiosa familia criolla limeña que llegó a ocupar también puestos destacados en la sociedad colonial del virreinato peruano durante el siglo XVII. Sus dos hermanos, Agustín y Francisco, ingresaron en la orden de predicadores. El segundo falleció siendo prior del convento de Pomata y el primero, tras serlo de los conventos de Trujillo, Panamá y Cuzco, fue promovido al obispado de Paraguay pero murió en 1625, antes de que llegaran las bulas papales<sup>3</sup>. Una de sus hermanas, doña Sebastiana, estuvo casada con Cipriano de Medina, que fue rector de la Universidad de San Marcos en 1605 y 1607. De ese matrimonio nacieron: Cipriano, dominico, que fue promovido al obispado de Huamanga, y Agustín, ca-

1. Véase el trabajo de GARCÍA PÉREZ, R., «Palafox, virrey y visitador de la Nueva España», *Palafox: Iglesia, Cultura y Estado en el siglo XVII*, 2001, pp. 129-160.

2. ADI, Fondo Palafox, Libro 34, f. 191. Carta de Juan de Palafox a S. M.; ADI, Fondo Palafox, Libro 34, f. 15v-16v. Carta de Juan de Palafox a Juan González Valdés.

3. DAMMERT BELLIDO, J., «Don Feliciano de Vega (1580-1639) Criollo, jurista, maestro y prelado», *Revista peruana de historia eclesiástica*, 4 (1995), p. 21.

ballero de la orden de Santiago, que llegó a ser fiscal de la audiencia de Lima. Otra hermana, doña María, se casó con Martín de Alcedo, camarero mayor del virrey príncipe de Esquilache<sup>4</sup>.

A las importantes conexiones familiares hay que añadir la buena situación económica del futuro arzobispo de México, debida principalmente a una importante herencia recibida de sus padres que distribuyó entre sus hermanos y sobrinos, dedicando una parte importante a obras piadosas y caritativas en Lima, Popayán y La Paz<sup>5</sup>.

Todas estas circunstancias le sitúan en el círculo de una élite limeña y le vincula directamente con familias tan destacadas como la León Pinelo. Es significativo, por ejemplo, que Antonio de León Pinelo, en el escrito que elaboró en 1625, en defensa de la Universidad de San Marcos frente a las aspiraciones de la de La Plata, describiera a Feliciano de Vega como uno de los más eminentes sujetos que había en Indias y España, tanto por sus letras como por su virtud<sup>6</sup>. No se quedaba a la zaga su hermano, Diego de León Pinelo, se refería a él en su semblanza de la Universidad de Lima como «varón digno de inmortalidad y de honores»<sup>7</sup>.

Indudablemente, destacó por ser uno de los grandes juristas criollos. Feliciano de Vega había estudiado en el limeño Colegio Real de San Felipe y se graduó y doctoró en cánones y leyes por la Universidad de San Marcos, de la que fue catedrático de Prima de Cánones y llegó a ser rector

4. MENDIBURU, M.D., *Diccionario histórico-biográfico del Perú. Parte primera: que corresponde a la época de la dominación española*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2000, vol. VIII, pp. 275-277; TORRES ARANCIVIA, E., *Corte de virreyes: el entorno del poder en Perú en el siglo XVII*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2006, p. 137.

5. Una prueba de estas donaciones es el dictamen elaborado por Diego de León Pinelo en 1645, solicitado por Diego de Córdoba, canónigo y albacea del arzobispo de México sobre el patronazgo de las obras pías que dejó fundadas Feliciano de Vega frente a las aspiraciones de su sobrino, el dominico Cipriano de Medina. Véase: MEDINA, J. T., *La imprenta en Lima: 1584-1824*, Amsterdam, N. Israel, 1965, vol. III, p. 466.

6. *Por la real Universidad y escuelas generales de S. Marcos de la ciudad de Lima, en las provincias del Perú. Con el arzobispo, deán y cabildo de la santa iglesia de la ciudad de La Plata, y cabildos seculares della, y de la villa de Potosí, en la provincia de los Charcas*. Antonio de León Pinelo, 1625.

7. LEÓN PINELO, D. D., *Semblanza de la Universidad de San Marcos*, Lima, S.n., 1949.

en los años 1610, 1616, 1621 y 1622<sup>8</sup>. Tras jubilarse en 1627, promovió en 1635 la creación de la cátedra de Teología Moral, que dotó con un sueldo de 600 pesos y asignó a los dominicos. Tuvo numerosos discípulos, entre los que cabe destacar al también jurista, Gaspar de Escalona y Agüero<sup>9</sup>.

Fue autor de diversas obras jurídicas. Las dos más importantes son su *Relectio legis* (1605), lecciones preparadas para el ejercicio de la cátedra de Prima de Leyes y, sobre todo, sus *Relectionum canonicarum*, publicadas en Lima en 1633, siendo obispo de Popayán y electo de la Paz. Esta última obra, elaborada con una finalidad docente y de transmisión de su experiencia en el ejercicio del derecho, glosaba el segundo libro de las *Decretales*, introduciendo «la práctica y estilo destos reinos para entrambos fueros, eclesiástico y secular». En la solicitud de impresión presentada al virrey conde de Chinchón, el autor explicaba que la elaboración de este libro estaba relacionada con su nombramiento para el obispado de Popayán, que le obligaba a dejar su Lima natal:

«el cual con pronta obediencia he aceptado, aunque sea habiendo de dejar la casa donde nací y esta tierra, que como patria mía me es tan afectada, para ir a parte remota y en más de cuatrocientas leguas de distancia y de rigurosos caminos, por sacrificar en todo mi voluntad y ánimo a Dios y a mi rey y señor»<sup>10</sup>.

El inminente viaje le había urgido a reunir y publicar, animado por la propia Universidad y algunos de sus más prestigiados discípulos, aquellos

8. AGI, Lima 212, N. 5. Informaciones: bachiller Feliciano de Vega, 1598; DAMMERT BELLIDO, J., *op. cit.*, pp. 21, 23, 28-31, 44; MENDIBURU, M. D., *op. cit.*, vol. VIII, pp. 275-277.

9. La cátedra debía proveerse en un dominico y los jueces electores eran el virrey, arzobispo de Lima, el decano de audiencia y el provincial de los dominicos. Este gesto demuestra de nuevo la cercanía de Feliciano de Vega a la orden de predicadores, a la que pertenecieron dos de sus hermanos, según se ha mencionado. DAMMERT BELLIDO, J., *op. cit.*, pp. 56-57.

10. AGI, Quito 78, N. 42. Carta del obispo de Popayán Feliciano de Vega a S.M. Lima, 12/05/1633.

*Relectionum canonicarum in secundum decretalium librum (...) tomus Primus*. Authore D. Feliciano de Vega, Limae: apud Hieronymum de Contreras, 1633. MEDINA, J. T., *La imprenta en Lima*, vol. I, pp. 297-299.

escritos «que con tanto trabajo y curiosidad he leído», para evitar que se perdieran<sup>11</sup>. Consta que remitió este libro directamente al obispo del Cuzco, quien le escribió agradeciéndoselo como «más que un tesoro» por la doctrina y erudición con las que se había escrito, «conque siempre V.S. nos enseña a todos siendo padre y maestro verdadero de todos»<sup>12</sup>.

Paralela a la brillante carrera académica fue su trayectoria eclesiástica. Se ordenó sacerdote en 1607 e ingresó poco después en el cabildo limeño, donde ocupó primero la canonjía doctoral y después la dignidad de chantre<sup>13</sup>. Fue además consultor del Santo Oficio y comisario subdelegado de la Santa Cruzada. El arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero (1607-1622) le nombró provisor y vicario general de la diócesis. Tras años de ejercicio pasó la preceptiva residencia en 1623 y salió exonerado de todo cargo<sup>14</sup>. Este hecho pesó en su nombramiento como gobernador general de la iglesia

11. «...en cuyo número entran los que actualmente son catedráticos y los que lo han sidote muchos años a esta parte, sin los que están ocupados en plazas al servicio de Su Majestad y en prebendas de las iglesias y en otros ministerios» *Relectionum canonicarum in secundum decretalium librum (...) tomus Primus*. Authore D. Feliciano de Vega, Limae: apud Hieronymum de Contreras, 1633. MEDINA, J. T., *La imprenta en Lima*, vol. I, pp. 297-299.

12. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta del obispo del Cuzco, Fernando de Vera y Zúñiga, a Feliciano de Vega, obispo de La Paz, Cuzco, 27/08/1633.

13. Trató de mantener el sueldo del cabildo completo, sin que le fuera descontada una tercera parte por ser catedrático. SOLÓRZANO Y PEREIRA, J. DE, *Política Indiana*, Madrid, Atlas, 1972. Libro XIV, cap. XIV, n. 19.

Alegación en derecho en favor de los catedráticos de teología, y cánones de la Real Universidad desta ciudad de los Reyes del Pirú: para que siendo prebendados en la Santa Iglesia Metropolitana della; puedan gozar enteramente de la renta de sus prebendas el tiempo que estuviesen ausentes, y no asistieren en el coro, y oficios divinos, por la ocupación de sus cátedras, como si realmente residiesen. Sin embargo del a duda que à puesto el señor deán y cabildo en esta sede vacante, en razón de que deben ser multados en la tercera parte de las ausencias, y que para esto se les ha de apuntar en el libro del cuadrante. Por el doctor Feliciano de Vega, canónigo de la dicha santa iglesia y rector de la dicha Real Universidad, y catedrático de prima de cánones en ella; que es con quien la dicha duda se ha tratado. Impresa en Lima por Jerónimo de Contreras: año de 1623

14. Elaboró un dictamen favorable a que se le hiciera residencia: Resolución de la duda que se ha puesto en el Cabildo sede vacante desta Santa Iglesia Metropolitana de Los Reyes sobre si se debe tomar residencia al provisor y vicario general, que fue del ilustrísimo señor arzobispo difunto de buena memoria. / Por el doctor Feliciano de Vega, canónigo de la dicha santa iglesia y rector de la Real Universidad, catedrático de prima de Cánones en ella y el que usó el dicho

limeña tras el fallecimiento del arzobispo, Gonzalo López de Ocampo, en 1627 y facilitó el que su sustituto Hernando Arias de Ugarte (1630-1638) depositara también en él su confianza, nombrándole de nuevo provisor y vicario general. Tal era el prestigio de Feliciano de Vega, que fue elegido procurador de las diócesis de Lima y Trujillo en Madrid y Roma aunque, debido a otros cargos de responsabilidad que se le encomendaron, no llegó finalmente a viajar a Europa.

En 1630 fue promovido a la sede de Popayán. En diciembre de ese año sería consagrado obispo por Arias de Ugarte. Sin embargo, antes de ponerse en camino para su diócesis se le designó para la de La Paz en 1633<sup>15</sup>.

Salió para el altiplano en octubre de ese año para suceder a su paisano Pedro de Valencia, que había fallecido en 1631. En la diócesis charqueña realizó dos visitas pastorales del territorio y confirmó a más de 50.000 personas. Celebró el segundo sínodo diocesano de 1638 con el fin de «emprender el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y poner enmienda a las depravadas costumbres del clero y pueblo cristiano»<sup>16</sup>, dotó de constituciones al seminario diocesano y puso en orden numerosas cuestiones relativas a las doctrinas de indígenas<sup>17</sup>.

---

oficio de provisor y vicario general y de ordinario del Santo Oficio en todos los trece años del gobierno del dicho señor arzobispo. Lima, 1622.

15. DAMMERT BELLIDO, J., *op. cit.*, pp. 23, 41-43.

16. Las constituciones, impresas en Lima en 1638, se inspiraron directamente en las promulgadas por Lobo Guerrero en 1613. Han sido estudiadas por TRASLOSHEROS, J., «Las constituciones sinodales del obispado de La Paz, 1638. Por el bien común de todos y el descargo de nuestra conciencia», *Iglesia y sociedad en América Latina Colonial. Interpretaciones y proposiciones*, México, UNAM, 1998, pp. 39-70.

Constituciones sinodales del obispado de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz en el Perú. Hechas, y ordenadas por el Ilustrísimo y reverendísimo señor doctor D. Feliciano de Vega, obispo de la dicha ciudad de La Paz... y publicadas en la sínodo diocesana, que su Señoría Ilustrísima celebró en aquella ciudad, en el año del Señor de 1638. Con licencia. Impreso en Lima, Jerónimo de Contreras, 1639.

17. QUEREJAZU CALVO, R., *Historia de la Iglesia Católica en Charcas (Bolivia)*, La Paz, Impr. Publicidad Papiro, 1995, pp. 144-145; BARNADAS, J. M., *Diccionario histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Historicos, 2002, pp. 1119-1120.

En marzo de 1639 Feliciano de Vega fue nombrado para la sede metropolitana de México. El virrey conde de Chinchón le escribió para congratularse con la noticia<sup>18</sup>. Pero, sin duda, la felicitación más expresiva que recibió fue la del presidente de Charcas, Juan de Lizarazu, con quien mantuvo una estrecha amistad. El navarro lamentaba perder a su protector y amigo aunque se alegraba de que partiera de esa «mala tierra» donde no podría optar a «mayores acrecentamientos» por no ser «capaz de tan grandes personajes», al tiempo que deseaba que fuera promovido «hasta los mayores lugares de Europa»<sup>19</sup>.

La espera en Lima se prolongó un año porque el conde de Chinchón dilató el permiso hasta el final de su gobierno, alegando que estaba prohibida la navegación entre ambos virreinos (1629-1639) y su sucesor, el marqués de Mancera (1639-1648) se mostró también escrupuloso. Feliciano de Vega se vio obligado a redactar un memorial dirigido al monarca en el que le pedía que intercediera para que lograra salir cuanto antes hacia su nueva diócesis:

«...porque con esto estoy aquí con sumo desconsuelo viendo que no puedo acudir a mi ministerio ni a cuidar de aquel arzobispado que tantos años ha que está sin prelado, y así es forzoso acudir a V. M. por el remedio por si acaso no pudiere por acá negociar más en el entretanto y se continuare la detención en que me hallo»<sup>20</sup>.

El nuevo arzobispo consiguió finalmente embarcarse y llegó a comienzos del mes de diciembre de 1640 a las costas orientales de la Nueva España, donde falleció antes de adentrarse en el territorio.

18. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta del virrey conde de Chinchón a Feliciano de Vega. Lima, 20/08/1638.

19. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Juan de Lizarazu a Feliciano de Vega, obispo de La Paz. Potosí, 01/02/1639.

Tan sólo dos meses más tarde le volvió a escribir solicitándole que le apoyara para salir de Charcas hacia un nuevo destino: «No está señor esto para que ningún hombre cristiano y de obligaciones pueda apetererlo». ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Juan de Lizarazu a Feliciano de Vega, obispo de La Paz. La Plata, 09/04/1639.

20. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Cartas de Feliciano de Vega a S. M. Lima, Lima, 20/05/1639 y 25/05/1640.

## II. Razones para una dedicatoria

Elaborada por el médico Alfonso Fernández de Osorio<sup>21</sup>, catedrático en propiedad de prima de Medicina de la Real Universidad de México<sup>22</sup> y censurada por el jesuita Andrés de Valencia<sup>23</sup>, la relación de las exequias de Feliciano de Vega sigue la tipología habitual de las relaciones de sucesos en las que prima la exhaustividad del autor para dar hasta el más mínimo detalle de los acontecimientos festivos y de sus distintas partes: hechos ocurridos, arte efímero, ceremonial, ornamentos, etc.<sup>24</sup>.

Las exequias demostraban tanto la importancia del personaje, manifestada en el fasto y la pompa, como la piedad del organizador<sup>25</sup>. Juan de

21. CARREÑO, A. M., *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México según sus libros de claustros*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, vol. I, p. 203. En el año de 1645 aparece formando parte del Pleno de la Universidad de México celebrado el 4 de mayo.

AGI, México 186, N. 34. Expediente de solicitud de Alonso Fernández Osorio, 1647. Pedía que se le diera el título de catedrático de Prima de Medicina de la Real Universidad de México en propiedad y protomédico más antiguo de la de Nueva España, que le había sido concedido por real cédula de 18/02/1646 dirigida al conde de Salvatierra, virrey de Nueva España.

22. La relación se imprimió en México en latín y castellano: «Breve relación de las solemnísimas exequias que en la Santa Iglesia metropolitana de el Arzobispado de México se hicieron en la transacción y entierro del venerable cuerpo de el Ilustrísimo Señor D. Feliciano de Vega, obispo de la Paz y Popayán y arzobispo de México &c. Dispúsola por mandado y orden del Ilustrísimo y Excmo. Señor D. Juan de Palafox y Mendoza, de el Consejo de Su Majestad, obispo de la Puebla de los Ángeles y electo arzobispo de México, Visitador General y Virrey, Gobernador y Capitán General de aquesta Nueva España &c. y dedícala al señor D. Juan de Solórzano Pereyra, caballero de la Orden de Santiago y de los Consejos de Su Majestad en el Real de Indias &c. El doctor Alonso Fernández Osorio, catedrático que ha sido de Filosofía y ahora de Prima de Medicina en propiedad y médico de cámara de Su Excelencia». México, 1642. MEDINA, J. T., *La imprenta en México*, Ámsterdam, N. Israel, 1965, vol. II, pp. 206-207: recoge esta edición y la latina. Hemos podido consultar el ejemplar conservado en la Staats- & Universitätsbibliothek Hamburg gracias a la inestimable ayuda de la profesora Astrid Windus.

23. Nacido en Guanajuato en 1578. Fue catedrático de prima de Teología en el colegio de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús de México y calificador del Santo Oficio de la Inquisición. Falleció siendo rector del colegio del Espíritu Santo en Puebla. BERISTAIN Y SOUZA, J.M., *Biblioteca hispanoamericana septentrional o catálogo y noticias de los literatos...*, México, Ediciones Fuente Cultural, 1947, vol. III, p. 1821.

24. BONET CORREA, A., *Fiesta, poder y arquitectura: aproximaciones al barroco español*, Madrid, Akal, 1990, p. 8.

25. Al igual que la de Toledo en el caso estudiado por LÓPEZ MÁRQUEZ, J. I., «Exequias por el Cardenal Infante en la Catedral de Toledo: la fiesta luctuosa», 2004, pp. 371-395.



Palafox promovió las honras fúnebres de Feliciano de Vega movido por los méritos del difunto y por la amistad que les unía. Al disponer que se redactara escrito la crónica de las exequias, Palafox, además de hacer «inmortal la memoria de tan grande arzobispo», dejaba constancia de la «advertencia y cuidado»<sup>26</sup> con las que había tratado de darle los últimos honores. De este modo, la relación escrita manifestaba, tanto su veneración por el difunto como el cumplimiento de su deber «como príncipe tan atento, así a la religión y piedad cristiana, como a las prendas y empeños en que la cortesía y nobleza ponen a los sujetos de su calificación y predicamento» que supo encontrar tiempo «entre otras muy escogidas acciones que ocuparon por entonces la atención de Su Señoría» para «dar cómoda y decente sepultura a los venerables huesos del ilustrísimo Señor D. Don Feliciano de Vega, obispo de La Paz y Popayán en los reinos del Perú y arzobispo de México»<sup>27</sup>.

Así, es interesante hacer notar que esta descripción impresa de las exequias manifiesta la relación que existió entre el promotor y organizador de las honras, Juan de Palafox, el difunto arzobispo y el destinatario, Juan de Solórzano Pereira. Como prueba gráfica de esta vinculación aparecen en la relación impresa los escudos de Palafox y Solórzano<sup>28</sup>.

26. Así lo señalaba el jesuita Andrés de Valencia en la *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642

27. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

28. El escudo de armas de Juan de Palafox impreso en la relación es el mismo que se dibuja en algunos retratos de la época. Estaba compuesto por las armas correspondientes a sus apellidos. En el primer cuartel, Palafox, con gules, tres fajas de plata cargadas de crucetas de azur, En el cuarto, Rebolledo, con campo de oro tres troncos de árbol de sinople con brotes de ramas puestos en situación de banda, En el segundo, las armas de los Mendoza, propias del conde de Monteagudo, señor de Almazán: banda de oro cargada de cotiza con gules. En el tercero las de los Hurtado con 10 panelas de plata puestas en tres palos y una en punta. El escudo iba rematado con cimera de la corona marquesal de Ariza y un ángel que sostenía el lábaro con la inscripción in hoc signo vinces. Véase un estudio sobre la iconografía del escudo en FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Iconografía de don Juan de Palafox: imágenes para un hombre de Estado y de Iglesia*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Presidencia, Justicia e Interior, 2002, pp. 126-129. El escudo de Solórzano es el mismo que se recoge en los retratos de época que aparecen en la obra de GARCÍA HERNÁN, E., *Consejero de ambos mundos: vida y obra de Juan de Solórzano Pereira (1575-1655)*, Madrid, Fundación Mapfre, 2007.

La estrecha amistad entre Solórzano y Palafox ha sido ya puesta de relieve por García Hernán. Es muy probable que ambos se formaran con Juan Pardo Figueroa y Arenillas, prestigioso letrado que llegó a ser fiscal y luego consejero de Indias. A su vez, ambos fueron personas de confianza del conde duque y coincidieron en muchos de sus planteamientos políticos. Cuando Palafox partió hacia Viena para acompañar a la infanta María, futura reina de Hungría, Solórzano, ocupó la fiscalía del Consejo que dejó vacante. Probablemente el *Papel político con lugares de buenas letras*, escrito por Solórzano iba dirigido a Palafox a modo de largo informe a su joven amigo sobre el modo de proceder en las juntas del Consejo de Indias. Como miembros de esta última institución, los dos tuvieron un fuerte protagonismo en las ordenanzas de 1636. A Palafox no le faltó el apoyo de Solórzano en la crisis que tuvo en los años 40 frente al virrey de Nueva España. Por su parte, Palafox propuso a Solórzano para dicho virreinato en una carta fechada en 1646, en la que afirmaba apreciarle como a un hermano<sup>29</sup>.

La relación de ambos con Feliciano de Vega se deduce de alguna correspondencia conservada en los volúmenes de su archivo personal depositados en el Fondo Palafox del Archivo del Duque del Infantado —Palafox guardó por lo tanto los papeles de Feliciano de Vega tras su fallecimiento—<sup>30</sup>.

Son muchos los puntos de conexión entre Feliciano de Vega y Juan de Solórzano. Coincidieron en Lima entre 1609 y 1627, cuando Solórzano ocupó el puesto de oidor de esa audiencia, antes de trasladarse a la corte. En su *Política Indiana*, además de citar la obra de Feliciano de Vega, se refería a él como quien «meritísimamente fue obispo de La Paz y arzobispo de México y murió antes de llegar a gozar de este arzobispado con gran pérdida de la iglesia que le esperaba e igual sentimiento de todos los que conocimos sus buenas partes»<sup>31</sup>.

29. GARCÍA HERNÁN, E., *op. cit.*, pp. 57, 93, 167-168, 196-197, 207, 271.

30. Agradezco a Ricardo Fernández Gracia el acceso a dicho Fondo, así como las orientaciones y el aliento dados para la realización de este trabajo.

31. SOLÓRZANO Y PEREIRA, J. DE, *op. cit.*, Libro XIV, cap. XIII, n. 20.

Tal vez por ese motivo, el consejero de Indias le pidió, cuando fue nombrado obispo de La Paz, que se ocupara de una cobranza que tenía pendiente. El encargo había recaído también en el ya mencionado presidente de la Audiencia de Charcas, Juan de Lizarazu, que ocupaba el cargo desde 1635<sup>32</sup>. Lizarazu tuvo fuertes enfrentamientos con el visitador Juan de Carvajal y Sande y con el arzobispo Borja, personas con las que Feliciano de Vega supo mantener un trato cordial. La correspondencia del presidente con el obispo manifiesta una gran confianza para darle a conocer los problemas con los que se encontraba en el ejercicio de su oficio así como un sincero agradecimiento por la protección que había dispensado a alguno de sus criados y, de modo especial, al también navarro Martín Martínez de Ipararrieta<sup>33</sup>.

De interés para este trabajo, es el hecho de que Juan de Lizarazu y Feliciano de Vega fueran partícipes de la común tarea de conseguir que Diego Ozores de Ulloa<sup>34</sup>, entonces minero en Potosí, remitiera a Juan de Solórzano Pereira 20.000 pesos para dotar a su hija Josefa Petronila. Esta cantidad, según concluye García Hernán tras consultar un testamento de Solórzano de 1655, nunca llegó a cobrarse en su totalidad. La correspondencia permite constatar las dificultades que encontraron para el entero

---

32. Probablemente nacido en Pamplona. Pasó después de Charcas a ser presidente de la audiencia de Quito. Estaba casado con Martina de Beaumont y Navarra. BARNADAS, J. M., *op. cit.*, vol. II, p. 93.

33. Le recomendaba por primera vez al obispo en estos términos «es un hidalgo de mucha calidad de mi tierra a quien yo tengo particularísimas obligaciones y no menores a todos sus deudos en Navarra». ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Juan de Lizarazu a Feliciano de Vega, obispo de La Paz. Potosí, 01/12/1635. Carta de Juan de Lizarazu a Feliciano de Vega, obispo de La Paz. Potosí, 01/02/1636.

34. Español, caballero de Calatrava. Tras una larga carrera de armas de 14 años en las guerras de Italia, batalla de Lepanto, conquista de Túnez y cautiverio de Argel (siendo en todas estas ocasiones compañero de Miguel de Cervantes, el monarca le premió con el corregimiento de Potosí del que tomó posesión en 1587 y permaneció hasta 1592. Parece que después se quedó como minero en la Villa Imperial y más tarde fue dos veces gobernador y juez de Huancavelica: alrededor de 1610 y entre 1618-1621. BARNADAS, J. M., *op. cit.*, vol. II, p. 1214.

de la deuda<sup>35</sup>. Así por ejemplo en marzo de 1636 Lizarazu manifestaba su temor de que el presidente del Consejo de Indias se desconfiara de sus vanos esfuerzos:

«Muy desconsolado quedo con el desengaño que V.S. me da que D. Diego no puede entregar ninguna plata a cuenta de su obligación, porque será dificultoso de persuadir al Sr. D. Juan de Solórzano Pereira que interviniendo V.S. por su parte y yo por la mía, no hayamos podido dar algún principio para acreditar nuestra diligencia».

La amistad entre Juan de Palafox y Feliciano de Vega también queda de manifiesto en la correspondencia de este último. En la única carta que hemos podido localizar entre ambos, el primero lamentaba no haber tenido desde hacía tiempo correspondencia del segundo, le notificaba que había regresado de la jornada de Alemania y que, desde entonces, servía la plaza de fiscal del Consejo de Indias «donde quedo para servir a V. S. deseando se ofrezcan ocasiones para hacerlo, a que acudiré con muy buena voluntad»<sup>36</sup>.

Así, en la dedicatoria a Solórzano de la relación de exequias, el médico Alonso Fernández de Osorio explicaba que había osado dirigirla a tan alto personaje confiado en la amistad de Solórzano hacia el difunto:

«Una, constarle al mundo con cuanta estrechez vivió en lo mejor de la estimación de vuestra merced la amistad del Ilustrísimo Señor Feliciano de Vega, de cuya solemnísima translación y entierro, vida, fama y

35. GARCÍA HERNÁN, E., *op. cit.*, p. 202.

Hemos localizado las siguientes cartas sobre el particular: ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Juan de Lizarazu a Feliciano de Vega, obispo de La Paz. Potosí, 29/12/1634. Potosí, 01/02/1636. La Plata, 01/11/1637.

A pesar de todo, parece que Feliciano de Vega mantuvo buena correspondencia con Diego Ozores de Ulloa, quien le escribió a Lima para lamentar su partida y manifestarle que estaría dispuesto a seguirle a México si no fuera porque algunos asuntos le detenían en Charcas. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Diego Ozores de Ulloa a Feliciano de Vega. La Plata. 01/03/1639.

36. ADI, Fondo Palafox, Libro 61. Carta de Juan de Palafox a Feliciano de Vega, obispo de Popayán, Madrid, 28/05/1632.

doctrina son memoria estos escritillos, que al seguro de que llevan en sí su gran nombre, fian ir a mano de vuestra merced ciertos de la acogida que por su tenuidad desmerecen».

La dedicatoria también respondía a haber sido el organizador de las exequias y promotor de la relación, Juan de Palafox, otro buen amigo de Solórzano:

«Otra razón es haberlos dispuesto por mandado del ilustrísimo y excelentísimo arzobispo virrey, mi señor, a quien no serviré menos en ofrecerlos a Vuestra Majestad que a Su Excelencia».

Feliciano de Vega falleció nada más llegar a la Nueva España a los 58 años sin llegar a su sede arzobispal. Es factible pensar que la muerte trunció la brillante carrera del prelado criollo, que muy probablemente podría haber culminado en la sede limeña e incluso en alguna metropolitana, algo nada frecuente en ese momento.

### III. «Tan solemne, piadoso y memorable acto»

La celebración de las exequias era un espectáculo propio de la teatralidad barroca. La muerte y el dolor, temas centrales de este tipo de fiestas, se transformaban en triunfo y alegría por el paso del difunto a la vida eterna<sup>37</sup>. Ambos elementos aparecen claramente en esta fiesta luctuosa novohispana.

La relación de Fernández de Osorio, nos transmite el dolor ante la noticia del inesperado fallecimiento del arzobispo cerca de Acapulco, «a causa de haberse tardado en el peligrosísimo temple de aquel puerto más días que, con atención a la importancia de su salud debiera, enfermado de una terciana maligna murió casi inopinadamente en el puerto de Mazatlán, treinta

37. GARCÍA BERNAL, J. J., *El fasto público en la España de los Austrias*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2006, pp. 198-199.

leguas distante de dicho puerto»<sup>38</sup>. Cuando la noticia llegó a la capital virreinal, futura sede del nuevo prelado, «hizo común sentimiento esta metrópoli, hubo doble en todas sus iglesias y satisfizo cumplidamente a las obligaciones de Prelado, que reconoció a su difunto pastor, con manifiesta compasión y lástima aquesta santa iglesia»<sup>39</sup>.

En las exequias por Feliciano de Vega, ese triunfo es más que evidente por las circunstancias que rodearon la exhumación del cuerpo. El traslado del arzobispo a la capital fue el primer paso a seguir. Al igual que el resto de las honras fúnebres se hizo a instancias de Juan de Palafox. El cabildo de México acordó enviar una delegación compuesta por el canónigo Juan Roa y cuatro capellanes para exhumar los restos de la Iglesia de Tixla, en donde Feliciano de Vega llevaba veintidós meses enterrado en «sepultura indigna de un varón tan grande» para dársela en México, mientras se le trasladaba definitivamente al convento de Santo Domingo de Lima<sup>40</sup>. Con ese fin llevaron consigo «un costoso baúl de terciopelo llano morado, largueado de galones de oro, tachonado de gran número de dorados clavos, pavonadas y doradas a trechos las muchas piezas de su herraje: todo de tal proporción y medida en que al parecer cupiesen aquellos venerables despojos y caras prendas de pastor tan deseado y amable»<sup>41</sup>.

La relación se detiene en este punto para describir de forma pormenorizada el hallazgo del cuerpo incorrupto, como muestra de la santidad del prelado. Alonso Fernández de Osorio al narrar lo sucedido se apoyaba en su experiencia profesional y destacaba lo extraordinario del descubrimiento:

«Yo cierto (a permitirlo la estrechez de una sucinta narración) bien quisiera con los más advertidos ponderar lo portentoso de este acaeci-

38. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

39. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

40. El difunto había dispuesto enterrarse en este lugar, es más que probable que en esta decisión influyera el hecho de tener dos hermanos dominicos.

41. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

miento tan no usado de nuestra naturaleza y mortalidad precedera que aunque habrán vístose algunos, (...) ninguno con la particularidad de circunstancias tan por advertir que en este»<sup>42</sup>.

Dos elementos hacían además, según el médico cronista, más evidente el fenómeno. Por un lado, el clima del lugar, «calentísimo y humidísimo», favorecía mucho la descomposición; por otro, los que habían enterrado el cuerpo, sabiendo que volverían, habían echado cal al sepulcro «para que en breve se desnudase de carne los huesos». A ello se añadía el hecho de que el primer traslado del cuerpo exhumado se había hecho a una distancia de cinco leguas, en andas a hombros de indígenas, en un día de mucho sol «que pareció amanecer aquella vez perpendicular y estárselo hasta ponerse», a pesar de ello, no había despedido «olor ingrato» ni presentado ningún otro síntoma. En definitiva, después de veintiún meses «hallaron tan entero el cuerpo, tan incorrupto, tan él mismo que será poca toda admiración para ponderarlo». De hecho, había sido preciso cambiar el baúl por un ataúd que se tuvo que improvisar<sup>43</sup>.

En este punto, el relator de las exequias introducía un testimonio personal: había podido examinar el cuerpo de Feliciano de Vega y constatar directamente el estado en que se encontraba «que después de casi dos años duraba entero, solo mudado el color y las facciones algo desconocidas...». Sus conocimientos le llevaban a concluir que se trataba de algo prodigioso, que únicamente se explicaba por «las singulares virtudes, esclarecidos dotes y raras excelencias que a una sus confesores pregonan y encarecen todos los que le conocieron y trataron al Señor D. Feliciano»<sup>44</sup>.

Es indudable que lo sucedido potenció el carácter de triunfo de estas exequias. El cuerpo de Feliciano de Vega se veló un día entero en la iglesia de Tixtla, colocado sobre una especie de túmulo «bien lucido, de

42. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

43. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

44. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

gran copia de cirios y antorchas»<sup>45</sup>, donde se celebró la primera misa de cuerpo presente.

Comenzó después el traslado, cuya primera parada fue Cuauchnauach, lugar en el que salieron a recibirle en procesión los religiosos franciscanos, que lo acompañaron hasta depositarlo en la capilla mayor de su iglesia. Allí estuvo dos días más en los que se celebraron sendas misas solemnes. Partió entonces para Coyoacán, donde también fue recibido por los franciscanos, que se admiraron al escuchar el relato del cuerpo incorrupto. La siguiente escala fue el pueblo de San Mateo, distante una legua de la capital, donde los franciscanos de aquel convento llevaron el cuerpo en procesión bajo palio «con muchas luces, cruz alta y ciriales, preste y diáconos». A San Mateo llegaron, al día siguiente, una serie de ministros importantes entre los que el autor destacaba al provisor y vicario general del arzobispado, Pedro de Barrientos, y al racionero León Lasso, que se encargaron de lavar el cuerpo quitándole la cal, polvo y tierra y revestirlo con nuevos ornamentos. Tras esta operación, fue depositado en un ataúd definitivo «de terciopelo morado con guarnición de cruces de cintas de oro, claveteado compasadamente de gran copia de tachones dorados que por extremo lo lucían», que se recubrió por dentro con un paño de terciopelo, con flecos de oro por los lados y puntas de oro hilado en las esquinas, sobre el que se colocó el cuerpo: «no cadáver, sino antiguo tabernáculo de prendas raras, obras ilustres y exquisitas virtudes»<sup>46</sup>.

En San Mateo se veló varios días al difunto arzobispo, que fue colocado en el presbiterio de la iglesia de los franciscanos, sobre un estrado con cuatro blandones en los ángulos en forma de «mediano túmulo» por el que comenzó a pasar «concurso de gente» del lugar y poblaciones vecinas para besarle la mano. De allí, se transportó finalmente a la ciudad de México y, en concreto, al monasterio de religiosas de San Jerónimo «como a parte desde la cual con mayor celebridad y pompa podía formarse el entierro». El recorrido hasta la calzada de San Antón se hizo a hombros de gober-

45. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

46. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.



nadores, alcaldes y otros «indios principales», allí recibió los restos de Feliciano de Vega, Lope de Castilla Altamirano, deán de la iglesia catedral de México y comisario general de la Santa Cruzada, que esperaba junto con otras dignidades, prebendados, sacerdotes y caballeros que iban en coches y lo introdujeron en uno de ellos para depositarlo, ya entrada la noche, en el monasterio. Allí el ataúd se emplazó en la sacristía «sobre un bufete cubierto con un paño de terciopelo negro con bastante adorno de luces en blandones y candeleros de plata»<sup>47</sup>.

El improvisado túmulo de la sacristía fue sustituido después por otro más noble, que se montó en la capilla mayor, formado por una vistosa «cama de Japón de talla de barniz y oro, con cielo de brocado», delante del cual lucían profusión de hachas, cirios y velas<sup>48</sup>.

Como se puede apreciar, a lo largo del traslado —narrado también en la relación— aparecen ya elementos propios de las exequias, como las luces, la procesión y las arquitecturas efímeras. El autor hacía notar que el acompañamiento había ido en aumento a medida que se aproximaba a la capital virreinal. Algo parecido había ocurrido con los elementos de arquitectura efímera, que se fueron perfeccionando. También se había incrementado el concurso de gentes que, admiradas por el prodigio, se acercaban a contemplar y venerar los restos del prelado.

Las exequias, propiamente dichas, comenzaron con la procesión hacia la catedral que, por encargo de Palafox, fue supervisada por el Licenciado Benito de Ayala, maestro de ceremonias<sup>49</sup>.

El cortejo fúnebre hacia el lugar del entierro era una parte esencial de las exequias. El de Feliciano de Vega, tuvo elementos comunes con las exequias reales y nobiliarias castellanas<sup>50</sup>. Díez Borque ha señalado que el cor-

47. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

48. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

49. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

50. Véase por ejemplo: JARA FUENTE, J. A. «Muerte, ceremonial y ritual funerario: proceso de cohesión intraestamental y de control social de la alta aristocracia del antiguo régimen», *Hispania: Revista española de historia*, 56 (1996), p. 194.

tejo, la complicada procesión funeral, las arquitecturas efímeras en túmulos y catafalcos, en los que frecuentemente aparecían versos y jeroglíficos y las ceremonias rituales eran elementos imprescindibles de la «fiesta de la muerte»<sup>51</sup>. Todos ellos aparecen en la relación de las exequias que escribió Alonso Fernández de Osorio.

El domingo doce de octubre de 1642, el cortejo fúnebre de Feliciano de Vega salió de San Jerónimo, a las cuatro de la tarde, hacia la catedral de México. Una hora antes se congregaron en el monasterio «todos los clérigos de esta diócesis con sobrepellices, y todas la religiones y también los rectores, mayordomos y oficiales de cofradías con sus estandartes e insignias». Estaban también presentes: el virrey, la real audiencia y todos los demás tribunales. Juan de Palafox se revistió entonces de pontifical, para presidir el entierro como arzobispo y officiar todas las ceremonias, «cosa que raras veces se habrá visto, pero movió sin duda a Su Excelencia el extremarse en honrar un sujeto por doctísimo, virtuosísimo y amabilísimo merecedor de estos afectos»<sup>52</sup>.

La escenografía del poder virreinal, tanto eclesiástico como secular, se manifestó en el cortejo fúnebre, que partió acompañado por las campanas de la ciudad, que se sumaron a los «repetidos clamores» de la campana mayor de la catedral. Gran cantidad de gente contemplaba el espectáculo luctuoso. Delante iban las cofradías, seguidas de los hermanos de Huauteppec, los religiosos de San Juan de Dios, los padres de la Compañía, los mercedarios, los carmelitas, los agustinos, los franciscanos y los dominicos, precedidos todos ellos por un sacerdote acompañado de diáconos «todos con cruz alta y ciriales». Después de los religiosos desfilaron gran cantidad de clérigos seculares «con estolas y velas», tras ellos, el cabildo catedralicio. Les seguía el ataúd, con el cuerpo del difunto, acompañado por el arzobispo de Puebla, «asistido de su muy escogida familia, de la cual los

51. DÍEZ BORQUE, J. M., *Los espectáculos del teatro y de la fiesta en el Siglo de Oro español*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2002, p. 212.

52. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

eclesiásticos iban con sobrepellices»<sup>53</sup>. Cerraban la procesión, la corporación municipal, a cuyo lado marchaban algunos capellanes de Feliciano de Vega, los diversos tribunales y, en último lugar, la real audiencia<sup>54</sup>.

En diferentes puntos del trayecto, siguiendo una costumbre vigente en la península<sup>55</sup>, se habían colocado pequeños túmulos, hechos con gradas recubiertas de telas negras y rodeadas con blandones y hachas encendidas, para depositar el ataúd mientras el coro de la capilla de la catedral cantaba un responso dirigido por el arzobispo-virrey. Las distintas instituciones se turnaron para llevar el cuerpo: primero la real audiencia, luego el cabildo secular y finalmente los religiosos. Fueron los padres de la Compañía los que lo depositaron en manos del cabildo eclesiástico, ya a la entrada de la catedral<sup>56</sup>.

El interior del templo estaba todo recubierto con telas negras, en señal de luto, siguiendo una práctica propia de este tipo de ceremonias. En medio de la catedral, entre el coro y el presbiterio —como era habitual en el mundo hispánico— se había levantado el túmulo, barroco<sup>57</sup>, formado por un tablado con dos órdenes de gradas, unas mirando al altar y otras al coro. Alrededor se colocaron barandas y en los ángulos pirámides de cuatro varas del alto, «sembradas de gran cantidad de candeleros». En el medio se alzaba un pedestal cubierto del terciopelo negro sobre el cual se situó el ataúd. Los laterales del túmulo estaban todos cubiertos por velas. Así, el

53. Véase un estudio de la casa del virrey-obispo en: LATASA, P., «La casa del obispo-virrey Palafox: familia y patronazgo. Un análisis comparativo con la corte virreinal hispanoamericana», *Palafox: Iglesia, Cultura y Estado en el siglo XVII*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2001, pp. 201-228.

54. La disposición del cortejo tiene algunos elementos comunes con los cortejos reales VARELA, J., *La muerte del Rey: el ceremonial funerario de la monarquía española, 1500-1885*, Madrid, Turner, 1990, pp. 89-90.

*Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

55. En las exequias reales de Granada hay constancia también de la costumbre de alzar túmulos en diferentes lugares por donde pasaba la procesión. VARELA, J., *op. cit.*, p. 26.

56. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

57. El túmulo era reflejo del espíritu religioso de la época, de las costumbres funerarias y de la cultura novohispana, tan cercana al humanismo renacentista y al barroco. TORRE VILLAR, E., «Las exequias de Felipe II en la Nueva España», 1 (2000), p. 250.

cuerpo quedaba enmarcado en una composición de arquitectura efímera que resaltaba la dignidad del difunto. En la construcción del túmulo habrían colaborado entabladores, ensambladores y carpinteros<sup>58</sup>.

Además, siguiendo la costumbre ya frecuente en los territorios hispanos, la envergadura y estilo del monumento efímero se hicieron más complejos mediante la introducción de los recursos visuales de la emblemática. El autor de la relación recoge algunos de estos jeroglíficos, a modo de pinturas con significado escondido o alegórico, compuestos por la propia pintura y un mote alusivo<sup>59</sup>. La tipología de estos emblemas era la que Mínguez Cornelles define como propia de la fiesta luctuosa: se trataba de jeroglíficos que tenían como elemento conductor una temática común: la alegoría de la muerte así como la figura del difunto, destacando sus logros y virtudes y su gloria inmortal<sup>60</sup>. Junto a ellos aparecían también algunos epigramas latinos.

Finalmente, el aparato fúnebre del catafalco se completaba con composiciones poéticas, siguiendo de nuevo una práctica propia de la escenografía festiva barroca, que unía así la imagen con el texto. Una serie de autores novohispanos aprovecharon la ocasión para hacer exhibición pública de su arte, en honor del difunto<sup>61</sup>. Al igual que ocurría con los emblemas y epigramas, la poesía que aparecía decorando el túmulo giraba en torno a la figura del arzobispo y su triunfo sobre la muerte. Entre los autores cabe destacar a Luis de Sandoval y Zapata, poeta criollo heredero de Góngora y Quevedo, que entonces contaba sólo con 22 ó 24 años pero, según ha destacado Herrera, gozaba ya de un importante prestigio dentro de los círculos literarios virreinales. Contribuyó con un soneto y dos décimas en

58. VARELA, J., *op. cit.*, pp. 26 y 49-51.

El modelo utilizado era, como es lógico, más sencillo que los de la tipología de «templete-torre» que se generalizaron en esta época para las exequias reales. Véase: ALLO MANERO, M. A., *Cuadernos de investigación: Historia*, 1981, 7, 1, p. 133.

59. VARELA, J., *op. cit.*, p. 26, 53.

60. MÍNGUEZ CORNELLES, V., *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Castelló, Universitat Jaume I, 1995, p. 333.

61. GARCÍA BERNAL, J. J., *op. cit.*, pp. 563-571. Díez BORQUE, J. M., *op. cit.*, pp. 109-111.

los que abordaba la temática de la muerte, propia de la ocasión y característica de gran parte de su obra<sup>62</sup>. Los otros poetas participantes fueron: Pedro Fernández Osorio —probablemente hermano del autor de la relación—, Salvador Gómez de Espinosa, Nicolás Pacheco, Francisco Fuentes Guzmán, Joseph de Villanova, Bernardo Guerrero, Juan Hidalgo, Eugenio de Olmos Dávila y Nicolás de Salazar y Monroy<sup>63</sup>.

Al día siguiente, lunes 13 de octubre, se dijeron cinco misas cantadas, que fueron oficiadas por los cuatro sacerdotes de la catedral y por el cabildo, «con notable solemnidad de música, cera, sobrepellices y responso». Por la tarde, Palafox celebró el oficio y se predicó después una oración funeral. Estuvieron presentes, de nuevo, todas las instituciones de la ciudad, incluida la Universidad, «cada cual con insignias de su facultad, borlas y capirotos de sus colores», así como las órdenes religiosas y gran cantidad de personas que «al asombro de aquella celebridad se habían juntado»<sup>64</sup>.

El entierro tuvo lugar el martes 14 de octubre, día de apogeo celebrativo: «era un espectáculo inexplicable el que había en aquella iglesia». Desde primera hora de la mañana las distintas órdenes religiosas celebraron su propia misa cantada, «y como empezaron todos a un tiempo era cosa muy como de aquel acto, tan lamentable y tierno, oír a un mismo tiempo los diversos tonos de tan diferentes coros y tan distintas voces». A las nueve tuvo lugar la misa pontifical, presidida por Juan de Palafox en la que predicó el canónigo Pedro de Solís «siempre de la satisfacción que en esto ha granjeándose». Al final, salió una procesión hasta el túmulo donde cantaron cuatro responsos las dignidades y uno el arzobispo, «todo con gran coro de capilla y con las ceremonias que los curiosos sabrán, consultando los rituales». Los capitulares volvieron entonces a cargar el cuerpo, que se llevó en procesión hasta el altar mayor, al lado del cual se había cavado una

62. HERRERA, A., *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata: (la tradición literaria española)*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1996, pp. 31-33.

63. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

64. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

sepultura. Allí se depositaron los restos de Feliciano de Vega y así se dio fin a «tan solemne, piadoso y memorable acto y exequias»<sup>65</sup>.

Las honras que se celebraron en honor de Feliciano de Vega en México, constituyeron uno de los momentos en los que la teatralidad fúnebre barroca se escenificó en los territorios indianos de la monarquía hispánica. Sin embargo, estas exequias contaron con elementos distintivos. Juan de Palafox y Mendoza no sólo organizó y promovió su celebración, sino que participó activamente en las ceremonias, dándose así la excepcional circunstancia, única en territorio americano, de que un arzobispo estuviese presidiendo el fasto fúnebre de otro. En el transfondo de la fiesta luctuosa estaba, además, una larga amistad epistolar entre ambos. Es más que probable que este vínculo se viera, su vez, reforzado por la también común amistad con el consejero de Indias Juan de Solórzano y Pereira, a quien probablemente Palafox quiso, por ese motivo, brindar la relación festiva.

#### IV. Bibliografía

- ALLO MANERO, María Adelaida, «Iconografía funeraria de las honras de Felipe IV en España e Hispanoamérica», *Cuadernos de investigación: Historia*, 7, n. 1 (1981), pp. 73-96.
- BARNADAS, JOSEP, M., *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre, Grupo de Estudios Historicos, 2002.
- BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca hispano americana septentrional o catálogo y noticias de los literatos... 1521-1850*, México, Ediciones Fuente Cultural, 1947.
- BONET CORREA, Antonio, *Fiesta, poder y arquitectura: aproximaciones al barroco español*, Madrid, Akal, 1990.
- CARREÑO, Alberto María, *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México según sus libros de claustros*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

65. *Breve relación de las solemnísimas exequias...*, 1642.

- DAMMERT BELLIDO, José, «Don Feliciano de Vega (1580-1639) Criollo, jurista, maestro y prelado», *Revista peruana de historia eclesiástica*, 4 (1995), pp. 21-53.
- DÍEZ BORQUE, José María, *Los espectáculos del teatro y de la fiesta en el siglo de oro español*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2002.
- FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo, *Iconografía de don Juan de Palafox: imágenes para un hombre de Estado y de Iglesia*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Presidencia, Justicia e Interior, 2002.
- GARCÍA BERNAL, José Jaime, *El fasto público en la España de los Austrias*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2006.
- GARCÍA HERNÁN, Enrique, *Consejero de ambos mundos: vida y obra de Juan de Solórzano Pereira (1575-1655)*, Madrid, Fundación Mapfre, 2007.
- GARCÍA PÉREZ, Rafael, «Palafox, virrey y visitador de la Nueva España», *Palafox: Iglesia, Cultura y Estado en el siglo XVII*, Ricardo Fernández Gracia (ed.), Pamplona, Universidad de Navarra, 2001, pp. 129-160.
- HERRERA, Arnulfo, *Tiempo y muerte en la poesía de Luis de Sandoval Zapata: la tradición literaria española*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1996.
- JARA FUENTE, José Antonio, «Muerte, ceremonial y ritual funerario: proceso de cohesión intraestamental y de control social de la alta aristocracia del antiguo régimen (corona de Castilla, siglos XV-XVIII)», *Hispania: Revista española de historia*, 56, 194 (1996), pp. 861-883.
- LATASA, P., «La casa del obispo-virrey Palafox: familia y patronazgo. Un análisis comparativo con la corte virreinal hispanoamericana», *Palafox: Iglesia, Cultura y Estado en el siglo XVII*, Ricardo Fernández Gracia (ed.), Pamplona, Universidad de Navarra, 2001, pp. 201-228.
- LEÓN PINELO, Diego DE, *Semblanza de la Universidad de San Marcos*, Lima, S.N., 1949.
- LÓPEZ MÁRQUEZ, Juan Ignacio, «Exequias por el cardenal infante en la catedral de Toledo: la fiesta luctuosa», *La fiesta en el mundo hispánico*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 371-395.
- MEDINA, José Toribio, *La imprenta en Lima: 1584-1824*, Amsterdam: N. Israel, 1965.
- *La imprenta en México, 1539-1821*, Amsterdam: N. Israel, 1965.
- MENDIBURU, Manuel DE, *Diccionario histórico-biográfico del Perú. Parte primera: que corresponde a la época de la dominación española*, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2000.

- MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor, *Los reyes distantes: imágenes del poder en el México virreinal*, Castelló, Universitat Jaume I, 1995.
- QUEREJAZU CALVO, Roberto, *Historia de la Iglesia Católica en Charcas (Bolivia)*, La Paz, Impr. Publicidad Papiro, 1995.
- SOLÓRZANO Y PEREIRA, Juan de, *Política Indiana*, Madrid, Atlas, 1972.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la, «Las exequias de Felipe II en Nueva España», *Historia y Humanismo: estudios en honor del profesor Dr. D. Valentín Vázquez de Prada*, Jesús M<sup>a</sup> Usunáriz Garayoa (ed.), Pamplona, EUNSA, 2000, vol. 1, pp. 245-257.
- TORRES ARANCIVIA, Eduardo, *Corte de virreyes: el entorno del poder en Perú en el siglo XVII*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2006.
- TRASLOSHEROS, Jorge, «Las constituciones sinodales del obispado de La Paz 1638. Por el bien común de todos y el descargo de nuestra conciencia», *Iglesia y sociedad en América Latina colonial. Interpretaciones y proposiciones*, Juan Manuel de la Serna, Richard E. Greenleaf (eds.), México, UNAM, 1998, pp. 39-70.
- VARELA, Javier, *La muerte del rey: el ceremonial funerario de la monarquía española, 1500-1885*, Madrid, Turner, 1990.